



Los supervivientes

Alex Schulman

DESTINO

Los supervivientes

Alex Schulman

Traducción de Pontus Sánchez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1559

Título original: *Överlevarna*

© Alex Schulman, 2020

Publicado de acuerdo con Ahlander Agency.

© por la traducción del sueco, Pontus Sánchez, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Este libro se ha publicado con ayuda del Swedish Arts Council

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-233-6077-2

Depósito legal: B. 18.625-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

CAPÍTULO I

23:59

Un coche patrulla avanza despacio entre la vegetación azulada del camino de tierra que baja hasta la finca. Allí está la cabaña, en el cabo, reinando solitaria en medio de la noche de junio, que nunca llega a oscurecer del todo. Es una casa sencilla de madera, de proporciones torpes, un poco más alta de lo que debería. Las esquinas blancas se han descascarillado, la madera roja de la fachada sur está quemada por el sol. Las tejas de barro cocido han quedado pegadas entre sí, convirtiendo la techumbre en una suerte de piel de algún animal prehistórico. Ahora no sopla ni pizca de viento y hace un poco de frío, el vaho se ha acumulado en la parte inferior de los cristales. Un resplandor amarillo sale por una de las ventanas de la primera planta.

Más abajo está el lago, quieto y titilante, bordeado de abedules que llegan hasta la orilla del agua. Y la sauna, donde los chicos solían bañarse con su padre las noches de verano y luego salían a meterse en el agua caminando patosos por las piedras, en fila, estirando los brazos para no perder el

equilibrio, como crucificados. «¡Está buenísima!», gritaba su padre después de tirarse, y su grito resonaba por el lago para luego perecer en un silencio que solo existía en ese lugar, tan alejado de todo lo demás, un silencio que a veces asustaba a Benjamin, pero que en ocasiones también le hacía sentir que el mundo estaba escuchando con atención.

Un poco más lejos, siguiendo la orilla, hay un cobertizo para barcos; la madera se ha oscurecido y la construcción ha empezado a inclinarse hacia el agua. Y por encima de esta se encuentra el granero, con millones de agujeritos en las vigas que han dejado las termitas y con restos de excrementos de animales de hace más de setenta años esparcidos por el suelo de hormigón. Entre el granero y la casa, la pequeña parcela de césped donde los chicos jugaban al fútbol. El campo está en pendiente, quien juega de espaldas al lago tiene cuesta arriba.

Es como un telón de fondo, eso es justo lo que parece: unas pequeñas edificaciones en un llano verde con el bosque detrás y el agua delante. Un sitio inaccesible, igual de solitario ahora que antaño. Si se oteaban los alrededores desde la punta del cabo, no se veían indicios de vida humana en ninguna parte. En alguna ocasión excepcional podían oír el ruido de un coche pasando por el camino de tierra de la otra orilla, un sonido lejano de motor a bajas revoluciones, y si era uno de los días más secos de verano divisaban la nube de polvo que luego surgía del bosque. Pero nunca se cruzaban con nadie, estaban solos en ese lugar, del que nunca salían y al

que nadie acudía. Una vez vieron a un cazador. Estaban los niños jugando en el bosque y, de repente, lo encontraron. Un hombre vestido de verde y con pelo blanco, a veinte metros de distancia. Se deslizaba entre las ramas en completo silencio. Al cruzarse con ellos, el hombre miró impassible a los muchachos, se llevó el dedo índice a los labios y siguió su camino entre los árboles hasta desaparecer. Nunca lograron explicar su presencia, fue como un misterioso meteorito que pasa cerca de la Tierra pero cruza la bóveda celeste sin llegar a impactar. Los chicos no comentaron nunca el encuentro, hasta el punto de que a veces Benjamin se preguntaba si realmente había tenido lugar o no.

Hace dos horas que se ha puesto el sol, el coche patrulla sigue bajando con cuidado por el camino. El hombre que lo conduce escudriña inquieto por delante del capó para advertir qué cosas van pasando por debajo del vehículo mientras avanzan por la cuesta, y se inclina sobre el volante y mira hacia arriba, pero no consigue ver el final de las copas de los árboles. Los abetos que se yerguen por encima de la casa son increíbles. Cuando los niños eran pequeños ya eran enormes, pero ahora... Se elevan treinta, cuarenta metros hacia el cielo. El padre de los chicos siempre se enorgullecía de lo fértil que era el entorno, como si fuera obra suya. A principios de junio clavaba brotes de rabanitos en la tierra y al cabo de tan solo dos semanas se llevaba a los críos al huerto para enseñarles las hileras de puntos rojos que asomaban la cabeza. Pero

no todo es fértil alrededor de la cabaña: hay zonas en las que la tierra está completamente muerta. El manzano que papá le regaló a mamá por su cumpleaños sigue donde él lo plantó en su día, pero ni crece ni da fruto. En algunos sitios el suelo es negro, denso, y no hay ni una sola piedra; en otros, la montaña está a flor de piel, justo debajo del césped. Cuando papá construía el cercado para las gallinas, al clavar la estaca en la tierra a veces se hundía con suavidad y en silencio en la hierba empapada y, otras, restallaba de buenas a primeras y él gritaba, con las manos temblando por la resistencia que le oponía la roca.

El agente de policía se apea del vehículo. Con gesto familiar, baja rápidamente el volumen del aparato que lleva en el hombro y que va emitiendo un singular trino electrónico. Es un hombre corpulento. Los bártulos mellados de color negro mate que le cuelgan en la cintura le aportan una presencia lastrada, como si de alguna manera los pesos lo anclaran a la corteza terrestre.

Las luces azules bañan los altos abetos.

El resplandor de la noche tiene algo especial, así como las montañas ahora azuladas que rodean el agua y la luz azul del coche patrulla. La imagen podría haberse plasmado en un lienzo.

El agente se acerca unos pasos a la casa y se detiene. De pronto parece confundido, observa la escena con atención. Los tres hombres están sentados uno al lado del otro en la escalera de piedra que sube a la puerta de la cabaña. Están llorando,

sumidos los tres en un abrazo. Van vestidos con traje y corbata. Al lado, en el suelo, hay una urna de cenizas. El agente establece contacto visual con uno de los tres hombres, que se levanta. Los otros dos se quedan donde están, aún abrazados. Están empapados y gravemente magullados, el policía entiende por qué han pedido una ambulancia.

—Me llamo Benjamin. Soy yo quien ha llamado a la central de emergencias.

El agente se mete una mano en el bolsillo para sacar el pequeño bloc de notas. No sabe que esta historia no cabe en un trozo de papel, que acaba de plantarse en el final de un relato que se ha prolongado varias décadas, el de tres hermanos a los que un día, hace mucho tiempo, los arrancaron de ese lugar y ahora se han visto obligados a volver a él, que allí todo está entrelazado, no hay nada que vaya por libre ni se pueda explicar de forma independiente. El peso de todo lo que está aconteciendo en este preciso instante es muy grande pero, obviamente, la mayor parte ya ha ocurrido. La escena que está teniendo lugar en la escalera de piedra, el llanto de los tres hermanos, los rostros inflamados y toda la sangre, solo es la última onda en el agua, la más exterior de todas, la más alejada del punto exacto donde ha caído la piedra.

CAPÍTULO 2

La carrera de natación

Benjamin se ponía cada tarde en la orilla con su salabre y su cubo, junto al pequeño terraplén donde estaban sentados su madre y su padre. Iban a remolque del sol: siempre que la sombra les caía encima, levantaban la mesa y las sillas y las movían unos metros, y así iban haciendo a lo largo de toda la tarde. Debajo de la mesa estaba Molly, la perra, que veía consternada como su techo desaparecía y entonces se sumaba a la travesía por la orilla del agua. Ahora sus padres estaban en la última parada, observando cómo el sol bajaba lentamente por detrás de las copas de los árboles de la otra orilla. Siempre se sentaban uno al lado de la otra, hombro con hombro, porque ambos querían otear las aguas. Las sillas blancas de plástico clavadas en la hierba alta, una mesita inclinada de madera en la que los vasos de cerveza manoseados brillaban con los rayos del sol de la tarde. Una tabla de cortar con un trozo de salami, mortadela y rabanitos. En la hierba, una neverita de camping para mantener el vodka frío. Cada vez que papá daba un trago soltaba

un «buenas», alzaba el vaso en dirección a nada en concreto y bebía. Papá cortaba el embutido de tal manera que la mesita temblaba de arriba abajo, se derramaba la cerveza y mamá, irritada, levantaba su vaso con una mueca hasta que él terminaba. Su padre no se daba ninguna cuenta de esas cosas, pero Benjamin sí. Él se percataba de todos los cambios, por pequeños que fueran; siempre se mantenía a cierta distancia, para que sus padres pudieran estar en paz, pero lo bastante cerca como para poder seguir las conversaciones, controlar el ambiente y los estados de humor. Oía el murmullo afable, los cubiertos contra la vajilla, el sonido de un cigarro que alguien encendía, un flujo de sonidos que revelaban que todo estaba yendo bien.

Benjamin se paseaba por la orilla con el salabre en la mano. Vigilaba las aguas negras, a veces se despistaba y miraba directamente al reflejo del sol, y entonces los ojos le dolían como si se hubiesen roto. Se balanceaba sobre las piedras más grandes, inspeccionaba el fondo en busca de renacuajos, esos animalitos tan peculiares, negros y perezosos, pequeñas comas nadadoras. Recogía algunos con el salabre y los sometía al instante al cautiverio del cubo rojo. Era una tradición. Pescaba renacuajos mientras sus padres conformaban un decorado de fondo, y cuando el sol se ponía y ellos se levantaban para subir de nuevo a la cabaña, él devolvía las capturas al lago y regresaba con ellos a casa. Y al día siguiente empezaba de nuevo. Una vez se olvidó a los renacuajos en el cubo. Cuando los descu-

brió, la tarde siguiente, estaban todos muertos, exterminados por el calor del sol. Le invadió el pavor por si su padre se daba cuenta. Vació el cubo en la orilla y, aun sabiendo que su padre estaba descansando en la cabaña, sintió que sus ojos le quemaban la nuca.

—¡Mamá!

Benjamin miró hacia la casa y vio a su hermano pequeño bajando por la cuesta. Desde allí abajo ya se podía percibir su desasosiego. No era ese un lugar para impacientes. No aquel verano, eso por descontado: al llegar a la cabaña, una semana atrás, los padres habían decidido que no verían la tele en todas las vacaciones. Informaron a los niños con solemnidad, y Pierre se lo tomó muy a pecho cuando su padre desenchufó el televisor y colocó el cable ostensiblemente encima del aparato, como si se tratara de una ejecución pública en la que el cuerpo se dejaba colgando como advertencia para que todos los miembros de la familia recordaran lo que le ocurría a la tecnología que amenazaba la decisión de pasar los veranos al aire libre.

Pierre tenía sus cómics, los cuales iba leyendo despacio y entre murmullos cada tarde, tumbado bocabajo en la hierba. Pero llegaba un momento en que se le quitaban las ganas y entonces siempre bajaba a buscar a sus padres, y Benjamin sabía que mamá y papá podían responder de distintas maneras. A veces podías acurrucarte en el regazo de mamá y ella te acariciaba la espalda. Otras, eras motivo de irritación y el momento hacía aguas.

—No sé qué hacer —manifestó Pierre.

—¿Por qué no pescas renacuajos con Benjamin? —le propuso su madre.

—No —respondió él. Se colocó detrás de la silla de su madre y miró hacia el sol con los ojos entornados.

—¿Y Nils? ¿No podéis inventaros algo juntos? —dijo su madre.

—¿Como qué? —replicó Pierre.

Silencio. Allí estaban, mamá y papá, de alguna forma sin fuerzas, hundidos en sus sillas de plástico, embotados por el alcohol. Pasearon la vista por el agua. Parecía que estuvieran pensando en cosas que hacer, propuestas de actividades, pero no pronunciaron ni una palabra.

—Buenas —murmuró su padre, y vació un chupito; luego hizo una mueca y dio tres palmadas fuertes con las manos—. ¡Venga! —exclamó—. ¡Quiero ver a todos los niños con el bañador puesto dentro de dos minutos!

Benjamin alzó la cabeza y dio unos pasos hasta salir de la orilla. Dejó el salabre en la hierba.

—¡Chicos! —gritó su padre—. ¡Reunión!

Nils estaba escuchando música en la hamaca que habían colgado entre los dos abedules que crecían junto a la casa. A diferencia de Benjamin, que prestaba especial atención a los sonidos de la familia, él los rehuía. Benjamin siempre se estaba acercando a sus padres, Nils trataba de alejarse de ellos. Siempre se iba a otra habitación, nunca participaba. Cuando los hermanos se acostaban por las noches, a

veces podían oír a sus padres discutiendo al otro lado de las finas paredes de contrachapado. Benjamin registraba cada palabra, valoraba los eventuales daños de la conversación. En ocasiones se gritaban groserías incomprensibles, se decían cosas tan fuertes que daba la sensación de que no se podrían reparar. Benjamin se pasaba horas despierto, reproduciendo la bronca para sus adentros. Pero Nils parecía sinceramente inafectado. «Puto manicomio», murmuraba en cuanto las broncas empezaban a coger fuerza, y luego se daba la vuelta y se dormía. Le daba igual, se pasaba los días a su aire sin hacer notar su presencia, excepto en los repentinos ataques de ira que estallaban y desaparecían. «¡Joder!», podía oírse en la hamaca, y Nils se retorció y hacía aspavientos con las manos para deshacerse de una avispa que se le había acercado demasiado. «¡Putas alimañas!», rugía mientras golpeaba unas cuantas veces al aire. Después volvía a tumbarse, calmado.

—¡Nils! —gritó su padre—. ¡Reunión en la orilla!

—No te oye —respondió su madre—. Está escuchando música.

Su padre chilló más fuerte. Ninguna reacción desde la hamaca. Su madre soltó un suspiro, se levantó, fue hasta Nils a paso ligero y agitó ansiosa los brazos delante de sus ojos. Él se quitó los auriculares.

—Papá quiere que vengáis —le explicó.

Reunión en la orilla. Era un momento glorioso. Papá con esa mirada especial que a los hermanos

les encantaba, un brillo que ocultaba la promesa de juegos y pillerías, y esa solemnidad en su voz cuando iba a presentar una nueva competición, con seriedad sepulcral pero siempre con una sonrisita en la comisura de la boca. Ceremonioso y formal, como si hubiera mucho en juego.

—Las reglas son simples —anunció, irguiéndose delante de los tres hermanos, que estaban de pie en la hierba con el bañador por encima de las canillas—. A mi señal, mis tres hijos se lanzarán al agua, nadarán hasta rodear esa boya de allí y luego volverán a tierra firme. Y el primero en volver será el ganador.

Los chicos estiraron la espalda.

—¿Todo el mundo lo tiene claro? —preguntó—. Es decir, ahora se revelará cuál de los tres hermanos es el más rápido.

Benjamin se dio unas palmadas en los escuálidos muslos, como había visto hacer a los atletas en la tele en los momentos previos de un hito decisivo.

—Un momento —dijo su padre, y se quitó el reloj de pulsera—. Os voy a cronometrar.

Pulsó los botoncitos del reloj digital con sus pulgares demasiado grandes y soltó un «cojones» entre dientes al ver que no conseguía lo que pretendía. Levantó la cabeza.

—A vuestros puestos.

Un empujón entre Benjamin y Pierre en su compartido intento de conseguir una buena posición de salida.

—Eh, basta —los amonestó su padre—. No hagáis eso.

—Si no, nos olvidamos del tema —dijo su madre, que seguía sentada a la mesa, y acto seguido se rellenó el vaso.

Los hermanos tenían siete, nueve y trece años, y cuando jugaban al fútbol o a las cartas podían pelearse tan fuerte que Benjamin sentía que algo se rompía entre ellos. Las apuestas se elevaban aún más cuando su padre los hacía enfrentarse entre sí, cuando expresaba con tanta claridad su voluntad de comprobar cuál de sus tres hijos era el mejor en algo.

—Preparados... Listos... ¡Ya!

Benjamin se precipitó en dirección al lago seguido de cerca por sus dos hermanos. Al agua. Oyó los gritos a sus espaldas, los de su madre y su padre en la orilla.

—¡Bravo!

—¡Venga!

Unos pasos apresurados y el fondo de piedras puntiagudas desapareció bajo sus pies. El agua de la bahía estaba fría, a la temperatura propia del mes de junio, y un poco más adentro pasaban las extrañas corrientes aún más heladas, que surgían de golpe y desaparecían, como si el lago fuera un ser vivo que estuviera tratando de ponerlos a prueba con diferentes tipos de frío. La boya blanca de porexpán permanecía quieta en la superficie cristalina que se abría ante ellos. Los hermanos la habían soltado allí unas horas antes, al echar las redes con su padre. Pero Benjamin no recordaba que la

hubieran puesto tan lejos. Nadaron en silencio para no malgastar energía. Tres cabezas en el agua negra, los gritos desde la costa cada vez más lejanos. Al cabo de poco rato, el sol desapareció detrás de los árboles de la orilla de enfrente. Se hizo penumbra, de pronto estaban nadando en otro lago. A Benjamin le pareció que el agua se había vuelto desconocida. De golpe tomó conciencia de todo lo que se encontraba bajo sus pies, los animales ocultos, que a lo mejor no querían que sus hermanos y él estuvieran allí. Se acordó de todas las veces que había estado sentado en la barca junto con ellos dos y su padre, sacando peces de la red y tirándolos al fondo del bote. Y los hermanos se asomaban y contemplaban los dientecitos de los lucios, afilados como cuchillas, o las aletas puntiagudas de las percas. Siempre había algún pez que pegaba un coletazo, los hermanos daban un brinco y gritaban, y su padre se asustaba con los chillidos repentinos y los hacía callar con un bramido nervioso. Y luego se volvía a tranquilizar, y murmuraba mientras iba desliando las redes: «No podéis tenerles miedo a los peces». Benjamin pensó que ahora esos mismos seres estaban nadando justo a su lado o debajo de él, ocultos en la oscuridad del agua. La boya blanca, que se había tornado rosa en el crepúsculo, seguía estando muy lejos.

Tras unos minutos nadando, la parrilla de salida se había dilatado: Nils iba un buen tramo por delante de Benjamin, quien había dejado atrás a Pierre. Pero cuando la oscuridad cayó de improvi-

so y el frío comenzó a pincharlos en los muslos, los tres hermanos acortaron distancias. Quizá ni siquiera pensaron en ello, y jamás lo reconocerían, pero ya no se separaban.

Sus cabezas sobresalían cada vez menos de la superficie. Los movimientos de los brazos se volvieron más cortos. Al principio el agua respondía con espuma a las brazadas, pero ahora el lago permanecía en silencio. Cuando llegaron a la boya, Benjamin se dio la vuelta y miró la cabaña. La casa era pequeña como una pieza de Lego, allí arriba. Hasta ese momento no se percató de lo lejos que estaban realmente.

El cansancio se apoderó de él de repente. El ácido láctico le impedía llevar los brazos hacia delante. Lo pilló tan desprevenido que olvidó los movimientos de las piernas, ya no sabía qué tenía que hacer. Sintió un latigazo de frío en la nuca que le subió por el cogote. Oía sus propias respiraciones, cómo se iban haciendo más cortas y espasmódicas, y una idea gélida le inundó el pecho: no tendría fuerzas para llegar hasta la costa. Vio a Nils doblando el cuello hacia atrás para que no le entrara agua en la boca.

—Nils —dijo Benjamin.

Nils no reaccionó, se limitó a seguir pataleando con la mirada fija en el cielo. Benjamin se acercó a su hermano mayor, se calentaron la cara con el aliento. Sus miradas se encontraron y Benjamin se percató de un pánico en los ojos de su hermano que no le era conocido.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—No lo sé... —respondió jadeando—. No sé si puedo hacerlo.

Nils se estiró a por la boya y la agarró con ambas manos para usarla de flotador, pero la esfera no podía soportar su peso y se hundió en la oscuridad que se abría bajo ellos. Miró a tierra firme.

—No puedo —murmuró—. Está demasiado lejos.

Benjamin recordó lo que había aprendido en las clases de natación durante las largas lecciones sobre seguridad en el agua.

—Tenemos que conservar la calma —le dijo a Nils—. Da brazadas más largas. Respiraciones más largas.

Echó un vistazo a Pierre.

—¿Cómo vas? —le preguntó.

—Tengo miedo —dijo él.

—Yo también —respondió Benjamin.

—¡No quiero morir! —gritó Pierre. Sus ojos empañados justo por encima de la superficie del agua.

—Ven aquí —dijo Benjamin—. Acércate a mí.

Empezaron a nadar uno al lado del otro en dirección a la casa.

—Brazadas largas —repitió—. Vamos dando brazadas largas.

Pierre había dejado de llorar y nadaba con determinación. Al cabo de un rato encontraron un ritmo común: brazadas sincronizadas, soltaban aire y cogían aire.

Benjamin lo miró y se rio.

—Tienes los labios morados.

—Tú también.

Sonrieron brevemente. Y se concentraron de nuevo. Las cabezas por encima del agua. Brazadas largas.

Benjamin veía la cabaña allí delante y el pequeño campo de fútbol con césped irregular donde cada día jugaba con Pierre. La bodega y los arbustos de bayas a la izquierda, a donde iban al mediodía a coger frambuesas y grosellas negras y volvían a casa con arañazos blancos en sus piernas bronceadas. Y como un telón de fondo, los abetos se erguían en la creciente oscuridad del atardecer.

Los hermanos se estaban acercando a tierra firme.

Cuando solo quedaban quince metros para llegar a la orilla, Nils aceleró y comenzó a nadar a crol con rapidez. Benjamin maldijo su propia estupefacción y fue tras su hermano. De pronto el lago había dejado de estar en calma, ahora que la batalla de los hermanos por llegar a la costa se había vuelto más salvaje. Pierre quedó irremediablemente atrás. Nils iba una brazada por delante cuando llegaron a la orilla, y subieron corriendo la cuesta codo con codo. Benjamin agarró a Nils del hombro para adelantarlo, pero este se liberó de un tirón con una rabia que lo dejó atónito. Llegaron al jardín de la casa. Miraron a un lado y al otro.

Benjamin dio unos pasos en dirección a la cabaña, echó un vistazo por una de las ventanas. Y ahí, por la ventana de la cocina, vislumbró la figu-

ra de su padre. Su gran espalda, inclinada sobre el fregadero.

—Se han metido en casa —dijo.

Nils trataba de recuperar el aliento apoyado en las rodillas.

Pierre llegó sollozando por la cuesta. Miró desconcertado la mesa recogida. Allí se quedaron, sin saber qué hacer, los tres hermanos. Tres respiraciones agitadas rodeadas de silencio.